

A woman with long dark hair is seen from the back, wearing a red spaghetti-strap dress. She has a large, intricate tattoo on her upper back. She is looking out a window with horizontal blinds. The lighting is dramatic, with strong highlights and deep shadows. The overall mood is mysterious and sensual.

«Karen Chance domina a la perfección el arte de mezclar sensualidad, romance, fuerza y intriga. Lo mejor desde Stephanie Meyer y Sherrylin Kenyon»
—Romantic Times

El aliento de las Tinieblas
Karen Chance

Un bestseller lleno de sensualidad, fantasía y romance

El aliento de las tinieblas

Karen Chance



Traducción de Roberto Gelado Marcos



PANDORA

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a Mary por revisar el primer borrador, plagado de horrores tipográficos, y a Marlin por proporcionarme un techo mientras lo iba adecentando. Gracias también a Anne Sowards, magnífica correctora (si ha sobrevivido alguna errata más, la culpa es enteramente mía), y a Louisa Edwards por pensar el título perfecto.

«Cassie, mírame.»

Luché con él, sabiendo como sabía desde que era niña que mirar a un vampiro directamente a los ojos hacía que le resultara más fácil controlarte, pero todo el mundo nos ignoró, supongo que porque daban por supuesto que lo único que yo hacía era bailar horriblemente.

Al contrario de lo que dice la leyenda, su cuerpo se venció hacia el mío y lo sentí caliente y suave como raso firme, aunque bien pudiera ser que lo tuviera esculpido en acero por todas las ganas que tenía de acabar con su control. Mi pulso se aceleró y pensé que me iba a desmayar cuando inclinó la cabeza y sentí como sus labios planeaban sobre mi cuello. De hecho, creo que mi corazón llegó a pararse cuando besó delicadamente mi piel como queriendo adivinar el pulso que yacía bajo la superficie. Era como si mi sangre pudiera sentirle, como si se volviese más lenta y espesa en mis venas, esperando a que él la liberara. Empecé a sudar, y no porque hiciera calor o porque hubiera tantos cuerpos hacinados en tan poco espacio. ¿Me iba a matar allí mismo, delante de unos doscientos testigos?

Debería haber sabido que algo así iba a ocurrir. Cada vez que me fiaba de alguien, me traicionaba; cada vez que me enamoraba de alguien, moría. Dado que él ya estaba muerto, supongo que la regla seguía cumpliéndose.



Me di cuenta de que estaba metida en un lío en cuanto vi aquella esquela. Evidentemente, el hecho de que llevase mi nombre me sirvió para hacerme una idea de que aquello era grave. Lo que no sabía era cómo me habían encontrado y qué clase de tipo tenía ese sentido del humor. Antonio nunca había mostrado un talento tan especial para la comedia. Nunca me había planteado si aquello tenía que ver con el hecho de estar muerto o si, simplemente, es que siempre había sido un huraño hijo de puta.

La nota necrológica estaba en la pantalla de mi ordenador, en lugar del habitual logotipo de la agencia de viajes. Parecía como si alguien hubiera escaneado parte de una página de periódico y la hubiera configurado como papel tapiz en el escritorio del ordenador. Lo que estaba claro es que, hacía media hora, cuando salí a por una ensalada, aquello no estaba allí. Si no, me hubiera quedado tan alucinada, seguro que me habría llevado una impresión mucho mayor. Si ni siquiera me imaginaba que alguno de los idiotas de Tony supiera incluso qué era un ordenador.

Rebusqué mi arma en el interior de un mueble archivador mientras leía cómo había descrito aquel gracioso mi horrible muerte, que según la esquela sucedería unas horas después, aquella misma tarde. En mi apartamento tenía un arma mejor y alguna que otra sorpresita más, pero volver allí no era seguramente una jugada demasiado inteligente. Y, salvo que me esperase un problema lo suficientemente gordo como para arriesgarme a ir armada, lo único que debía llevar en mi bolso era el *spray* de defensa contra posibles atracadores. Después de más de tres años de relativa seguridad, me había empezado a preguntar hasta si el *spray* era necesario. Me había vuelto despreocupada y lo único que deseaba era que aquella gracia no tuviera nada que ver con mi muerte de verdad.

Debajo de mi nombre había un párrafo en la esquela que describía un desafortunado incidente en el que estábamos involucrados yo misma, un tirador desconocido y dos balas en la cabeza. El periódico tenía la fecha de

mañana, pero los disparos estaban previstos para las 8.43 de esa misma tarde en Peachtree Street. Eché un vistazo a mi reloj, las ocho menos veinte, me habían dado una hora. Aquello parecía muy generoso para venir de Tony. Lo único que se me ocurría para explicar por qué no estaba ya muerta era que matarme sin más era algo muy fácil para alguien que se está cargando gente a todas horas. Sería que, en mi caso, él quería algo especial.

Por fin encontré mi Smith & Wesson 3913, que estaba oculta debajo de un folleto de un crucero a Río de Janeiro. Me pregunté si aquello era una señal. Desde luego yo no disponía del suficiente dinero como para huir del país, y tampoco cabía duda de que una rubia de ojos azules y mofletes rechonchos sería un objetivo demasiado fácil de reconocer en medio de todas esas *senhoritas* de ojos endrinos. Además, no sabía si Tony tenía socios en Brasil, pero no lo descartaba en absoluto. Cuando has vivido lo suficiente como para recordar a Miguel Ángel borracho como una cuba, es que has tenido bastante tiempo como para hacer unos cuantos contactos.

Saqué un paquete de chicles del compartimiento de pistolas de mi bolso y metí dentro la Smith & Wesson. Había comprado la pistola, la primera que tenía, y tres de los bolsos hacía casi cuatro años por recomendación de un poli llamado Jerry Sydell. Como mucha gente, él creía que yo estaba de la olla; pero desde que le ayudé a desarticular una de las mayores familias de delincuentes de Filadelfia, se mostró más dispuesto a darme algún que otro consejo. Fue así como me ayudó a hacerme con la pistola semiautomática de nueve milímetros, que combinaba un agarre lo suficientemente pequeño para mis manos con un poder intimidatorio que entendería cualquiera que caminase sobre dos piernas.

—Excepto fantasmas y espíritus —me decía Jerry con una sonrisa—. Con ellos te las tendrás que ver tú solita.

Jerry también me llevó a hacer prácticas de tiro todos los días durante dos semanas. Así consiguió que, aunque no fuese capaz de darle a la pared de un granero, por lo menos no errase el tiro por mucho. Seguí con las prácticas mientras me lo pude permitir, y ahora ya sí que le doy a una pared, siempre que sea lo suficientemente grande y que yo esté a menos de treinta metros de ella. Siempre deseé para mis adentros no tener que disparar a nada que no fuera un objetivo del campo de prácticas. No fue culpa mía que al final las cosas no acabasen siendo así.

Creo que, en cierto modo, a Jerry le caía bien. Yo le recordaba a su hija mayor y parecía como si él quisiese llevarme por el buen camino. Él pensaba que yo me había juntado con las personas equivocadas cuando era demasiado pequeña como para saber lo que me convenía, lo cual era más cierto incluso de lo que él pensaba, pero que luego había madurado y había decidido dar el paso y convertirme en testigo de cargo. Lo de cómo explicaba que una

huérfana de veinte años conociera todo el engranaje interno de una familia de delincuentes de primera categoría es algo que nunca llegaré a saber, aunque estoy segura de que él no creía que fuese por «la mierda esa de brujería» a la que se refería al hablar del tema. Jerry no creía en lo sobrenatural, fuese cual fuese la forma que adoptase. Como no quería que me acabara encerrando en una habitación acolchada perdida en el medio de la nada, no le mencioné ni mis visiones ni lo cerca que él mismo había llegado a estar de fantasmas y espíritus.

Siempre he sido una especie de imán para atraer a los fantasmas. Puede que sea una parte más de todo el tema de la clarividencia, no lo sé. Tony siempre tenía cuidado con lo que me dejaba estudiar; yo creo que por miedo a que me enterase de alguna forma de usar mis habilidades contra él si llegaba a saber demasiado. Por eso no sé muy bien hasta dónde llega mi talento. También puede ser que mi atractivo para el mundo de los espíritus se deba sencillamente a que puedo verles: tiene que ser un poco deprimente ir por ahí cazando a gente que ni siquiera se da cuenta de que existes. Bueno, tampoco es que quieran darme caza, sino que les gusta aparecer cuando estoy cerca.

A veces eso tiene sus ventajas, como cuando era adolescente y, en plena huida, me topé con una anciana. Tengo cierta tendencia a confundir a los fantasmas con personas vivas en muchas ocasiones, sobre todo si el fantasma es nuevo y poderoso. Por eso mismo, tardé un poco en darme cuenta de que la anciana era un fantasma. Después descubrí que estaba allí haciendo las veces de ángel de la guarda de su nieto, a quien ella ayudó a criar. Cuando ella murió, él tenía diez años y el novio de su hija comenzó a pegarle en cuanto se fue a vivir con ellos. El muchacho no tardó ni un mes en escaparse. La anciana me dijo que si le había estado cuidando durante diez años, no iba a abandonarle ahora, y que estaba segura de que a Dios no le importaría esperar un poco más por ella. A petición de la anciana, le di al chico suficiente dinero antes de irme para que cogiera un autobús que le llevara a casa de su hermana en San Diego. Naturalmente, a Jerry no le mencioné este tipo de cosas. Él solo creía en aquello que podía ver, tocar o disparar, como si hiciese una especie de criba que le permitía discriminar a los sujetos con los que podía conversar. Ni que decir tiene que él no creía en los vampiros, al menos no hasta que, una noche, dos de los chicos de Tony se toparon con él y le destrozaron la garganta.

Sabía lo que le iba a ocurrir a Jerry porque «vi» sus últimos segundos según estaba entrando en el baño. Como siempre, fui espectadora de excepción de una carnicería que me llegaba a todo color, en primer plano y con todo lujo de detalles, a consecuencia de lo cual casi me rompo el cuello de un resbalón en el suelo de mi baño. En cuanto dejé de temblar lo suficiente como para poder

sujetar el teléfono, llamé al número de emergencias del Programa de Protección de Testigos, pero el agente que cogió el teléfono empezó a desconfiar cuando no supe decirle cómo había podido saber lo que iba a pasar. Al final, dijo que le haría llegar el mensaje a Jerry, pero no parecía que le entusiasmase mucho la idea de molestarle durante el fin de semana. Fue entonces cuando llamé a uno de los cabecillas de la banda de matones de Tony, un vampiro llamado Alphonse, y le recordé que se suponía que lo único que tenían que hacer era descubrir dónde me había escondido el Gobierno, no arriesgarse a enfurecer al Senado matando humanos que ni siquiera sabían nada. Y era verdad: Jerry no les servía porque la información que poseía estaba a punto de ser ya agua pasada.

Nunca he tenido mucha suerte cuando he intentado cambiar el resultado de mis visiones, pero tenía la esperanza de que la alusión al nombre del Senado sería suficiente como para que Alphonse se lo pensara dos veces. El Senado es un grupo de vampiros realmente viejos que aprueban leyes que los vampiros menos poderosos deben obedecer. Aunque no se preocupan por los humanos mucho más de lo que lo hace Tony, les gusta la libertad de ser solo un mito y moverse por donde les place sin llamar la atención de los mortales. Matar agentes del FBI es la clase de cosas que tiende a cabrearles. Con todo y con eso, Alphonse se limitó a dar rodeos para alargar la llamada mientras sus chicos intentaban rastrearla. Al final, lo único que pude hacer fue asegurarme de que cuando alguien llegase a en mi puerta, yo ya estuviera saliendo de la ciudad en un autobús. Me imaginaba que, dado que el Gobierno no admitirá nunca que los vampiros existen, las posibilidades de que me mantuvieran a salvo de ellos no eran demasiadas. Por eso, decidí que era mejor ir por mi cuenta y, durante más de tres años, tuve razón. Hasta ahora.

No me molesté en coger nada del despacho aparte de la pistola: en una carrera por tu vida aprendes a reducir el número de tus prioridades. Tampoco es que mi nueve milímetros le fuera a hacer mucho a un vampiro, pero a menudo Tony usaba matones de carne y hueso para liquidar asuntos menores. Deseaba de veras que no me tuviese en tanta estima como para llamar a uno de sus secuaces de verdad. No me emocionaba la idea de meterme unas cuantas balas en el cerebro, pero me apetecía aún menos acabar como una de sus adquisiciones permanentes. Tony nunca dejaría que me convirtieran porque en una ocasión había tenido a un médium que, al volverse vampiro, perdió por completo su talento para contactar; y él seguía considerando que mi don era demasiado valioso como para arriesgarlo. Sin embargo, ahora yo temía que él estuviese dispuesto a asumir el riesgo. Si perdía mi talento después de que me convirtieran, a él le bastaba con clavarme una estaca para resarcirse en parte de las faenas que le había hecho yo. Si no lo perdía, él tendría una adepta inmortal y absolutamente fiel, ya

que es realmente difícil ir en contra de los deseos del vampiro que te hizo. Visto así, él salía ganando siempre, y era previsible que, si conseguía aparcarse su ira, él también fuera consciente de esta situación. Revisé el cargador de la pistola para asegurarme de que estaba lleno. Si me cogían, no era cuestión de dejarse vencer sin ofrecer resistencia, y si las cosas iban de mal en peor, me guardaría para mí la última bala. Mejor eso que acabar llamando maestro a ese cabrón.

Al contrario que la última vez, había algo que debía hacer antes de montarme de nuevo hacia otra nueva vida. Me marché de la agencia enseguida, por si acaso a los chicos de Tony les daba por adelantar la hora señalada, y evité la puerta principal colándome por la ventana del baño. Todo esto parece tan fácil cuando lo ves hacer en televisión... El caso es que yo acabé con una rozadura en el muslo, una media rota y un labio mordido por tratar de evitar unas cuantas blasfemias en voz alta. Al final me las apañé, bajé corriendo un callejón sombrío que conducía a un aparcamiento y cogí un atajo hasta llegar a una cafetería Waffle House. El trayecto fue corto, pero fue suficiente para ponerme de los nervios. Esos callejones tan familiares de repente me parecían escondites perfectos para los matones de Tony, así que en cuanto escuchaba el más mínimo ruido, me daba la impresión de que alguien estaba cargando una pistola por allí cerca.

Aquella Waffle House tenía una zona de aparcamiento iluminada con brillantes focos halógenos, lo cual me hacía sentir terriblemente expuesta según la atravesaba. Afortunadamente, la hilera de cabinas telefónicas se encontraba en una zona más resguardada del poder de las luces, cerca de uno de los laterales del edificio. Me planté delante del teléfono que funcionaba, saqué algo de cambio de mi bolso, y marqué el número del club, pero nadie cogía la llamada. Estuve esperando hasta escuchar veinte tonos mientras me mordía el labio y me repetía a mí misma que aquello no significaba nada. Era viernes por la noche, así que seguramente nadie podía oír el teléfono en medio de todo el jaleo; y si podían oírlo quizá no tenían tiempo para responder.

Tardé un rato en llegar allí a pie, sobre todo teniendo en cuenta que quería evitar ser vista a toda costa y que no quería romperme un tobillo caminando con mis nuevas botas de tacón alto, que me llegaban por encima de las rodillas. Me las compré porque me iban de maravilla con la preciosa minifalda de cuero que tan bien me había sabido colocar aquella dependienta, y pensaba lucirlas en el club después de salir de trabajar; pero no estaban pensadas desde luego para someterse a pruebas de velocidad. Vale, supuestamente soy una poderosa clarividente, pero ¿realmente creen que si se me hubiera pasado algo por la cabeza unos momentos antes tendría que ver con si era mejor llevar deportivas o, al menos, ir con zapato plano? Por Dios, no. Por esa misma razón, nunca me

toca la lotería. Lo único que puedo «ver» es la clase de imágenes que uno puede ver en las pesadillas y cuando tiene serios problemas con la bebida.

Era una de esas típicas noches calurosas de Georgia en las que el aire parece una losa pesada y la humedad es tan densa que no se puede ni medir. Una fina bruma se dejaba ver entre el brillo de las farolas, pero lo que más iluminaba la noche era la luna, que mostraba su reflejo en las calles mojadas por la lluvia y plateaba los charcos recién formados. La noche había difuminado el color de los edificios de la ciudad, homogeneizándolos bajo un color gris claro que se fundía con las sombras y escondía los picos de los rascacielos. El barrio histórico me pareció aquella noche un lugar atrapado en el pasado, sobre todo cuando pasé por la Margaret Mitchell House, en West Peachtree. Por eso me pareció perfectamente normal que, en ese momento, apareciese tras la esquina un carro de caballos de esos que normalmente llevan turistas. Normal, excepto por el pequeño detalle de que venía a todo galope y que casi me atropella.

Tuve un segundo para ver las caras asustadas de los turistas que parecían rezar por su vida en el asiento de atrás, antes de que el carruaje continuase su camino por la avenida y acabase perdiéndose en la lontananza. Aparté mi cuerpo embarrado hacia la acera y miré a mi alrededor con desconfianza. Una pícara carcajada a mi espalda certificaba hasta qué punto aquel caballo gordo y viejo había intentado a conciencia conseguir un nuevo récord de velocidad. Una pequeña bruma, casi imposible de distinguir entre la fina lluvia, revoloteó delante de mí. La agarré, metafísicamente hablando.

—¡Portia! ¡Eso no ha tenido gracia! —grité.

La risa volvió a dejarse oír y una hermosa sureña enfundada en un miriñaque que no dejaba de bambolearse se materializó delante de mí.

—Oh, por supuesto que la ha tenido. ¿No has visto sus caras? —dijo Mirth mostrando unos ojos centelleantes que en su día fueron más azules incluso que los míos. Hoy tenían el color de las nubes azuladas que pendían sobre nuestras cabezas. Rebusqué en mi bolso tratando de encontrar un pañuelo con el que limpiarme las botas.

—Creía que no ibas a hacer esto más veces —repliqué—. Si espantas a los turistas, ¿con quién te vas a divertir?

No hay muchas empresas con ganas de hacer parecer que Atlanta, como Savannah o Charleston, tiene un barrio histórico lo suficientemente importante como para hacer circuitos en carroza que merezcan la pena. Si Portia seguía con sus juegucitos, fuese cual fuese el encanto sureño que hubiera sobrevivido a la expansión de la ciudad (que había traído atracciones como el Mundo de Coca-Cola, el CNN Center y el centro comercial Underground Atlanta) estaba abocado a desaparecer.

Portia me dedicó una cara de disgusto tan lograda que a buen seguro la había estado ensayando delante del espejo cuando aún estaba con vida.

—No sabes divertirte, Cassie —refunfuñó.

Le lancé una mirada de desazón mientras intentaba quitarme el barro del cuero, pero lo único que conseguí fue repartirlo aún más por las botas. Nunca antes me había visto envuelta en una huida llevando un vestuario tan chic.

—Sé muy bien cómo divertirte, solo que hoy no es el día —repuse.

Había empezado a llover y las gotitas caían a través de Portia para terminar estrellándose en el suelo. Odiaba aquello, era como ver la televisión con muchas interferencias.

—No has visto a Billy Joe, ¿verdad? —le pregunté.

Llamo Billy Joe a mi espíritu guardián, pero el nombre no es del todo preciso. Es más como una mosca cojonera que de vez en cuando te es útil, pero en ese momento no tenía mucho más donde elegir. Billy es lo que queda de un apostador americano irlandés que, allá por 1858, ganó una partida que debería haber perdido. Un par de vaqueros iracundos, que acertadamente creyeron que les había engañado, le metieron en un saco y lo arrojaron al Misisipi. Por suerte para él, no hacía mucho había librado a una condesa de un collar grande y feo que funcionaba como una especie de batería sobrenatural, recogiendo energía mágica del mundo natural y almacenándola hasta que alguien la necesitaba. Cuando el espíritu de Billy abandonó su cuerpo, pasó a descansar en el collar, que él había conseguido de la misma manera que otros fantasmas se hacían con cosas más convencionales, como las criptas. El collar le dio suficiente poder como para seguir existiendo, pero eran mis donaciones ocasionales de energía viva las que le permitían tener tanta movilidad. Yo tenía diecisiete años cuando me encontré el collar en una tienda de objetos de segunda mano y desde entonces, Billy y yo hemos sido como un equipo. Por supuesto, él no podía llevar el mensaje al club para que yo no tuviera que ir en persona, pero sí podía echar un ojo por si los malos se acercaban demasiado. Todo ello, claro, siempre y cuando pudiera contactar con él, lo cual requería un poco de ayuda fantasma.

Hay un montón de fantasmas en Atlanta y la mayoría son corrientes y molientes, del tipo «vamos a cazar algo hasta aburrirnos o desaparecer», como Billy Joe. También hay unos pocos espíritus guardianes y hasta huellas psíquicas, lo cual no quiere decir que estas últimas sean técnicamente fantasmas. Las huellas son como teatros sobrenaturales en las que se repite la misma película una y otra vez hasta que te entran ganas de gritar. Dado que normalmente son algo traumático, no es muy divertido meterse en una. Desde que me mudé, dediqué mi tiempo libre durante un par de meses a aprenderme las calles de la zona, y una de las cosas principales que buscaba era, precisamente, las áreas donde había huellas. Encontré unas cincuenta que tenían que ver con el incendio de

la ciudad durante la Guerra Civil, pero la mayoría eran demasiado débiles como para provocarme nada más que un breve dolor de cabeza. Sin embargo, había una bien grande en un lugar entre mi apartamento y la agencia donde una vez una jauría de perros había despedazado a un esclavo. Aquella huella me atrapó en una ocasión y, desde entonces, siempre voy por el camino largo. Yo ya tengo un montón de recuerdos propios que desearía borrar cuanto antes, así que no me hacen falta las pesadillas de los demás.

Portia, en cambio, no es una huella. A veces me daba por pensar que era algo peor. Portia es uno de esos fantasmas que reviven las partes trágicas de su vida una y otra vez, pero no como una estúpida película. Son más bien cazadores con una fijación, parecida a la que tiene un humano obsesivo que necesita lavarse las manos cincuenta veces al día. Y se mueven, así que pueden perseguir a lo que les molesta y estar cerca de él continuamente. A Billy Joe yo sí que sabía cómo cortarle rápidamente. A él le fastidiaba haber muerto tan joven, pero a mí me ponía de mal humor oírle unos cuantos «la vida que yo debería haber tenido».

Por desgracia, Portia había venido esa noche con ganas de hablar, así que tardé casi diez minutos en conseguir que me dijera, después de escuchar una detallada descripción de los botones de marfil que ella misma había cosido en el vestido de novia que nunca llegó a usar, que no había visto a Billy Joe. Típico. Durante la mayor parte del tiempo yo estaba deseando que se esfumase, pero la verdad es que solo desaparecía cuando realmente se le necesitaba. En ese momento, mi rostro debió reflejar perfectamente mi nivel de irritación, porque Portia se paró de repente cuando solo había contado la mitad de una historia sobre una fiesta en la que dos oficiales se habían peleado por conseguir un último baile con ella. Era una de sus favoritas y la verdad es que no parecía que le hiciera mucha gracia ver cómo mi atención se dispersaba.

—No me estás escuchando, Cassie. ¿Pasa algo? —inquirió, cerrando su abanico de encaje con un golpe furibundo que sugería que más valía que me estuviera pasando algo.

—Tony me ha encontrado y necesito salir de la ciudad —contesté—. Pero tengo que ir antes al club y necesito que alguien vigile.

En cuanto terminé de decir aquello, me di cuenta de que ya podía haber tenido la boca bien cerrada. Los ojos de Portia se abrieron como platos y empezó a aplaudir con entusiasmo con sus delicadas manos enguantadas.

—¡Oh, que divertido! ¡Yo te ayudaré! —exclamó alegrementemente.

—Eh... es muy generoso por tu parte, Portia, pero no creo que...; quiero decir, hay muchos caminos que llevan al club y no los podrías cubrir todos —repliqué.

Ante tal respuesta, Portia mostró ese duro centelleo tan familiar en sus ojos y yo cedí a sus pretensiones inmediatamente. La mayoría de las veces ella era muy dulce, pero si la hacías enfadar, las cosas podían empeorar rápidamente.

—Traeré refuerzos —prometió—. ¡Será como una fiesta!

A continuación, formó un remolino y desapareció, y yo suspiré. Algunos de los amigos de Portia eran incluso más molestos que ella, pero tener a alguien que vigilase era mejor que no tener a nadie. Tampoco tenía que preocuparme por el hecho de que los muchachos de Tony se dieran cuenta de su presencia. Ni siquiera aunque enviara vampiros se enterarían de que estaban allí.

Por muy raro que sonase, mucha gente de la comunidad sobrenatural no cree en los fantasmas. Bueno, alguno admitiría que, de vez en cuando, hay espíritus atormentados merodeando alrededor de su tumba durante un tiempo antes de aceptar lo inevitable; pero pocos me darían la razón si les digo la cantidad de espíritus que pululan por ahí después de la muerte, o la cantidad de clases distintas que hay y lo activos que algunos de ellos pueden llegar a ser. Espíritus como Portia y Billy Joe son, para la comunidad sobrenatural, lo mismo que los vampiros para los humanos, viejas historias y leyendas que se desprecian por no haber pruebas de su existencia. ¿Qué les voy a decir? Pues eso, que es un mundo raro este.

Llegué al club unos minutos más tarde, sin respiración y con los pies doloridos, pero ilesa al menos. Aparecer por allí fue, desde luego, una muy mala idea. Incluso aunque nadie me hubiera seguido, una docena de personas de la agencia y de mi bloque sabían que trabajaba allí a tiempo parcial. Luego estaba el hecho de que me encontraba a solo una manzana de Peachtree, una coincidencia que no me agradaba en absoluto. Si al final acababan matándome, tenía pensado volver a por Tony. Pero no podía irme sin avisar a mi compañero de habitación y dejarle las cosas medio resueltas. Ya tenía yo suficiente sentimiento de culpa encima como para sumarle otra vida terminada de cualquier manera.

El club, con sus techos altos, juntas de acero a la vista, muros de hormigón repletos de grafitis y una enorme pista de baile, era más grande que la mayoría, pero aquella noche había bastantes cuerpos bailando bajo las luces como para que pudiera considerarse algo claustrofóbico. Me alegré por el hecho de que ese ambiente hacía más difícil que alguien se diese cuenta de mi presencia. Me colé hasta la trastienda sin demasiados problemas, por lo menos ninguno que tuviese que ver con pistolas y homicidios.

Uno de los camareros estaba de baja, así que tenían escasez de personal y, en cuanto me vio aparecer, Mike intentó convencerme para que le sustituyera. En condiciones normales, no me habría importado, porque mi condición de

novata en el trabajo no me dejaba demasiado dinero en propinas. Yo leía el tarot tres noches a la semana, aunque nunca me habían gustado las cartas. Las usaba porque se esperaba que lo hiciera, pero desde luego no me hacía falta ver dibujos arcaicos para saber qué iba a pasar. Mis visiones me llegan en tecnicolor y con sonido envolvente, y son mucho más completas. Sin embargo, la mayoría de la gente habría preferido una lectura estándar en lugar de lo que yo podía ofrecerles. Como decía, se me da mejor «ver» las cosas malas. Esta noche, no obstante, decliné la oportunidad de agenciarme algunos billetes. No creía que ocuparme de la barra fuese el modo en el que quería pasar mi última hora.

—¿Cuál es la palabrita? —me gritó animadamente Mike mientras hacía un Tom Cruise con las botellas de licor en medio del enfervorizado jaleo de la gente.

Suspiré y metí la mano en mi bolso. Mis dedos sacaron la grasienta baraja de tarot que me había regalado mi antigua institutriz, Eugenie, al cumplir diez años. Eugenie había conseguido que las cartas tuvieran algún tipo de encantamiento conseguido a buen seguro por alguna bruja con sentido del humor, y yo lo mantuve porque me venía bien para entretener a los clientes. Con todo, las predicciones, que actuaban como una especie de anillo kármico del humor, tenían también la misteriosa costumbre de acertar en temas de dinero. Sujeté la baraja y de ella salió una carta. No era precisamente una de esas que uno esté deseando ver.

—La Torre —exclamó una voz antes de que yo volviese a meter la carta en la baraja y guardase el montón en mi bolso.

—¿Esa es buena? —preguntó Mike antes de perder la vista en el escote de una hermosa rubia.

Me limité a asentir con la cabeza y me apresuré a fundirme entre la multitud antes de que pudiera escuchar nada más. La voz no era más que un grito ahogado procedente de mi bolso; pero no me hacía falta escuchar lo que decía para saber qué significaba la carta. La Torre significa un cambio enorme, un cataclismo, uno de esos que le pega un vuelco a la vida. Intenté convencerme de que podía haber sido peor, podría haber sido la Muerte, pero la verdad es que no era demasiado consuelo. La Torre es probablemente la carta más temida de la baraja. La Muerte puede tener muchos significados, la mayoría de ellos no se corresponden con el literal, pero la Torre siempre predice problemas para cualquiera que desee llevar una vida tranquila. Suspiré, ¿qué más faltaba?

Localicé a Tomas en «la Mazmorra», que era como Mike llamaba al sótano. Tomas trataba de avanzar en medio de un mar de cuerpos vestidos de negro con una bandeja de vasos usados. Tenía un aspecto muy apetecible, como siempre, si te gustan los tipos con músculos fibrosos y la piel brillante y bronceada como si vertiesen miel sobre la nata. Su pelo, oscuro

y largo, solía caerle hasta la cadera excepto cuando se lo recogía. Su cara parecía demasiado dura como para resultar atractiva, con la mandíbula bien pronunciada y los ángulos marcados, pero la delicadeza de algunos rasgos la hacían más interesante. Se había apartado el pelo de la cara con una trenza gruesa, lo que significaba a buen seguro que estaba trabajando, ya que normalmente prefería llevarlo suelto. A pesar de todo, unos pocos cabellos se habían soltado de la trenza y se balanceaban delante de su cara formando finos mechones. Mike había sido el encargado de escoger el vestuario de trabajo: una camisa negra de seda con un diseño de telaraña que mostraba más de lo que escondía, unos vaqueros negros y brillantes que le quedaban como si fueran una segunda piel y unas botas de cuero negro que se remontaban hasta sus muslos. Vestido así, parecía que Tomas abriese cartel en un club de estriptis en lugar de estar sirviendo mesas, pero su atractivo exótico del tipo «se deshace en tu boca» llamaba mucho la atención de los góticos. A mí tampoco me parecía desagradable a la vista, precisamente.

Mike había decidido hace más o menos un año que Atlanta tenía suficientes bares *country* y *western*, así que cambió lo que era un establecimiento de copas familiar hacia un refugio *progressive* en la primera planta y un sueño gótico en el sótano. Algunos vecinos se habían quejado, pero a los jóvenes les encantaba. Tomas parecía haber sido diseñado específicamente para un sitio así, encajaba perfectamente en el entorno y atraía a un montón de clientes, pero me molestaba que se tuviera que pasarse media noche desechando proposiciones. Al menos yo daba por supuesto que las desechaba, porque nunca se llevaba a nadie al apartamento. De todos modos, a veces me preguntaba si, teniendo en cuenta sus orígenes, conseguirle ese trabajo no había sido una gran estupidez por mi parte.

Tomas tenía entonces mucho mejor aspecto que cuando le vi por primera vez, alojado en el albergue local con esos ojos mortecinos que me resultaban tan familiares desde la época que yo misma pasé en la calle. Lisa Porter, la gerente y autoproclamada madre protectora del lugar, nos presentó un día en que yo pasaba por allí para realizar una de mis erráticas sesiones de voluntariado. Empezamos a hablar, mientras ordenábamos la ropa recién donada en montones, organizados en función de si se podía usar, si necesitaba algún remiendo o si solo era apta para trapos. Dice mucho de la personalidad de Tomas el hecho de que yo ya le estuviese hablando a Mike de él esa misma noche y que Mike le contratase al día siguiente después de una breve entrevista. Mike decía que había sido la contratación más inteligente que había hecho en toda su vida: nunca se ponía enfermo, nunca se quejaba y siempre tenía un aspecto impecable. Yo no estaba tan segura de lo último: la apariencia era imponente, de acuerdo, pero personalmente creía que le hacía falta algún grano o alguna

cicatriz, alguna marca en medio de esa piel mezcla de blanco y dorado que le hiciera parecer más real. Su aspecto recordaba más a los no muertos que el de muchos vampiros que conocía, y también daba una sensación de equilibrio inconsciente y de absoluta seguridad en si mismo. Pero no, él estaba vivo, y mientras yo mantuviese mis maleficios lejos de él, probablemente seguiría estándolo.

—Tomas, ¿tienes un minuto? —le pregunté.

No creí que me hubiera escuchado en medio de toda esa música, que el *DJ* mantenía horriblemente alta, pero él asintió con la cabeza. Yo no debería estar allí todavía, así que el ya sabía que algo pasaba. Nos abrimos camino entre la multitud, lo que me sirvió para granjearme una mirada de odio de una mujer con rastas moradas y pintalabios negro por robarles a su principal atracción. O quizá fue mi camiseta con una cara feliz y los pendientes lo que no le gustó. A veces, me ponía en plan gótico o me acercaba lo suficiente como para parecerlo sin llegar a desfigurarme demasiado; pero aquello ocurría solo cuando estaba trabajando. Me di cuenta enseguida que nadie se toma a una vidente en serio si se presenta allí vestida con tonos pastel. No obstante, en mis días de descanso me reservaba el derecho a no ir vestida de tal forma que pareciese que iba de funeral. Mi vida ya es bastante deprimente, no necesita ayudas externas para serlo más.

Agachamos la cabeza por debajo de la barra para acabar metiéndonos en el cuarto trasero. Allí se estaba más en silencio, lo cual solo significaba que podíamos escucharnos si nos quedábamos cerca el uno del otro y seguíamos gritando, pero el ruido era un problema menor comparado con mirar la cara de Tomas y pensar en qué decirle. Al igual que yo, él se había visto en las calles muy pronto. Al contrario que yo, él solo se tenía a sí mismo. No me gustaba la mirada que se le quedaba cuando le preguntaba sobre su pasado; así que solía evitarlo, pero era probablemente una variante de la historia típica. Muchos chavales de la calle tienen la misma historia que contar, todas versan siempre sobre usos, abusos y abandonos. Yo pensaba que le estaba haciendo un favor dejándole vivir en la habitación que tenía libre en mi piso y consiguiéndole un trabajo para que pudiera cambiar; pero hacerle partícipe de la ira de Tony era un precio demasiado alto por seis meses de estabilidad.

Nuestra relación no era lo suficientemente cercana como para que me sirviera de ayuda a la hora de imaginar cómo podía mantener a Tomas a salvo sin que pareciera que le estaba abandonando a su suerte. En parte el problema radicaba en que a ninguno de los dos nos gustaba abrirnos a otras personas, y eso que habíamos tenido unos comienzos algo bruscos. La noche en la que él se instaló, yo salía del baño y me lo encontré tirado desnudo en mi cama, con su pelo esparcido como un borrón de tinta sobre mis sábanas blancas. Me

quedé allí, con la boca abierta y sujetando mi toalla de Winnie the Pooh, mientras él se estiraba como un gato gigante sobre mi edredón de plumas, con sus músculos torneados y su plasticidad ingrátida. No era para nada consciente de ser el centro de atención de nada y yo me imaginaba la razón; desde luego no parecía un muchacho callejero que se estuviese muriendo de hambre. Nunca le pregunté su edad, pero daba por sentado que era más joven que yo. Lo que le convertía en demasiado joven como para tener esa mirada tan particular.

No fui capaz de dejar de seguir con la mirada la línea que él, con los largos dedos de su mano, iba trazando desde sus pezones hasta su ingle. Era una invitación evidente, y tardé un segundo en dejar de babear y darme cuenta de lo que estaba pasando. Al final, me imaginé que él creía que tenía que pagar por su habitación de la manera en la que él estaba acostumbrado. En la calle nada se consigue gratis, así que cuando le dije que no quería dinero, él supuso que quería un pago de otro tipo. Debía haber intentado explicarle, decirle que toda mi vida había estado llena de abusos y que por supuesto que no iba a hacer pasar a nadie por eso. Quizá si lo hubiera hecho, habríamos empezado a hablar y habríamos aclarado unas cuantas cosas. Por desgracia, en lugar de eso empecé a pegarle gritos y empujones para que saliera del dormitorio, eso sí, con la manta que le había echado rápidamente encima. No sé qué pensó de todo aquello, porque no hablamos del tema aquella noche. Acabamos cayendo en una rutina más o menos cómoda. Nos repartíamos las tareas de la casa, la cocina y la compra como lo harían dos compañeros de piso cualquiera, pero cada uno se guardaba sus secretos para sí mismo. Le pillé alguna vez mirándome con una expresión extraña, así que me imagino que él pensaba que en algún momento le abandonaría, como habían hecho todos. Me repugnaba pensar que era exactamente lo que iba a hacer.

—¿Saliste pronto de trabajar? —me preguntó.

Él me tocó la mejilla y yo me eché para atrás, tratando de alejarme de esos ojos llenos de confianza. No tenía escapatoria para lo que tenía que hacer, pero no tenía muchas ganas de ver como su cara se cerraba, y como la poca fe que él había recobrado en la gente se desvanecía por mi culpa.

—No —respondí.

Moví mis pies y traté de pensar cómo podía hacer que aquello no sonase como un rechazo. No era culpa suya que mi vida se estuviese escapando por el desagüe. Vuelta a empezar.

—Tengo que decirte algo importante, y quiero que me escuches bien y hagas lo que te digo, ¿vale? —le susurré.

—Te marchas —me interrumpió él.

No sé cómo pudo saberlo. Quizá yo tenía cara de decir algo así. Probablemente el ya había visto esa cara antes.

—No tengo elección —le repliqué.

Nos movimos de mutuo acuerdo desde la puerta trasera hacia la acera que rodeaba las escaleras al nivel de la calle. No tenía grandes vistas, pero al menos era un sitio más tranquilo. El aire olía a lluvia, pero el chaparrón que había estado preparándose durante toda la tarde estaba empezando a caer. Si me daba prisa, quizá podía llegar a la estación de autobuses antes de calarme completamente.

—¿Te acuerdas de que te dije que hacía un tiempo me habían ocurrido algunas cosas malas?

—Sí, pero no hay nada de qué preocuparse ahora. Estoy aquí.

Él sonreía, pero a mí no me gustaba nada la mirada que tenía en sus ojos. No quería que me tuviera cariño, no quería que me echara de menos. Mierda, la cosa no iba nada bien. Decidí entonces dejar de intentar ser sutil; desde luego no era mi punto fuerte.

—Mira, va a ocurrir algo grave en breve, y yo tengo que irme antes de que pase.

No era una gran explicación, pero ¿cómo le dices a alguien que el gánster vampiro que te crió y al que has tratado de destruir con todas tus fuerzas ha puesto precio a tu cabeza? No había ningún modo de poder hacer entender a Tomas el mundo del que yo procedía, ni siquiera aunque hubiese tenido todo el tiempo del mundo para intentarlo.

—Puedes quedarte con todas las cosas del apartamento —continuó—, pero lleva mi ropa al albergue. Lisa sabrá cómo hacer un buen uso de ella.

Sentí un repentino remordimiento por mi armario, que tan cuidadosamente había ido elaborando, pero no se podía hacer nada al respecto.

—Cass... —murmuró.

—Hablaré con Mike antes de irme. Estoy seguro de que te dejará dormir aquí una semana o dos, no sea que alguien se presente en el apartamento preguntando por mí. Te vendría bien no acercarte mucho por allí durante un tiempo.

En la parte alta del edificio había un estudio construido muy al estilo de la época en la que los propietarios vivían a temporadas en el mismo sitio en el que tenían sus negocios. Mike lo había usado hacía bien poco, así que debería estar en buenas condiciones. Y yo me sentiría sin duda mejor sabiendo que Tomas se quedaba allí. No me hacía ninguna gracia la idea de una horda de vampiros encolerizados bajando hasta nuestra casa tratando de darme caza y encontrándole a él en mi lugar.

—Cassie —volvió a interpelarme.

Tomas me cogió la mano con cautela, como si tuviera miedo de que la fuera a quitar. Él creía que yo me mostraba recelosa a que me tocara desde aquel malentendido inicial. En realidad yo nunca le dije que no tenía recelo alguno

porque tampoco quería que se llevara una impresión equivocada y, para ser sinceros, para mí era más fácil comportarme tal y como era si mantenía una pequeña distancia entre nosotros dos.

—Voy contigo —afirmó con total tranquilidad, como si fuera lo más lógico del mundo.

No quería herirle, pero no podía quedarme allí y discutir el asunto con un asesino pisándome los talones.

—No puedes. Lo siento, pero es más fácil coger a dos personas que a una, y además, si me cogen...

Me detuve porque no se me ocurría ninguna forma de seguir contándole las cosas horribles que ocurrirían sin parecer una completa lunática. Desde luego, probablemente él habría visto suficientes cosas extrañas en la calle como para que tuviera una mente más abierta que los polis, que se limitaban a tratar de drogata o de psicópata a cualquiera que empezara a hablar de vampiros. No obstante, aunque se me ocurriera la forma de contárselo, no había tiempo.

—Lo siento, tengo que irme —sentenció.

Aquella no era la forma en la que quería despedirme. Había un montón de cosas que no le había contado a Tomas porque tenía miedo de que sonase como si me estuviera echando encima de él. Y ahora, cuando podía decirle lo que quisiera, tenía que irme.

Me di la vuelta para marcharme, pero él me sujetó la mano con una fuerza sorprendente. Antes de que pudiera insistirle para que me dejara marchar, noté como me envolvía una sensación tan familiar como absolutamente desagradable. La atmósfera de bochorno de aquella noche fue sustituida de repente por algo más frío, oscuro y, desde luego, menos amistoso. No sé qué percibe la gente que no tiene poderes cuando los vampiros están cerca, pero en lo que a mí respecta, siempre he podido saber cuándo estaban cerca. Es como cuando la gente dice que alguien camina sobre una tumba, un hormigueo que desciende por la espalda y que se entremezcla con una sensación de que algo va mal. Nunca he tenido esa sensación con los fantasmas, como a veces le pasa a la gente normal, pero con los vampiros me ocurre siempre. Miré hacia arriba y vi cómo las luces de la calle dibujaban una silueta oscura que permanecía durante un instante para acabar fundiéndose con la noche y desvanecerse.

—¡Joder! —dije mientras sacaba mi pistola y empujaba a Tomas hacia el almacén.

No es que fuese a ayudar mucho, si Tony había enviado vampiros a buscarme, nos haría falta más protección que la de una simple puerta. Había llegado a ver a Tony arrancar una puerta de roble macizo con un solo movimiento de sus delicadas manos repletas de anillos, por la sencilla razón de que no encontraba la llave y no estaba de humor.

—¿Qué era eso? —preguntó.

—Alguien a quien no quiero ver.

Miré a Tomas y me vino a la mente una imagen de su cara ensangrentada y su serena mirada vacía de muerte. No era exactamente una «visión», más bien mi cerebro estaba poniéndose, como de costumbre, en la peor situación, pero aquello me bastó para establecer prioridades. Los vampiros no entrarían a cargarse a medio club por ir a buscarme. Tony tenía demasiado miedo del Senado como para dar su visto bueno a una matanza múltiple, pero no se lo pensaría dos veces si tuviera que eliminar a un chico callejero que se cruzase en su camino. Era la misma actitud que había demostrado cuando me dejó huérfana con cuatro años para asegurarse de que tendría pleno control sobre mis capacidades. Mis padres eran un obstáculo para su ambición, así que fueron eliminados. Sin más. Y no parecía que el Senado fuera a molestarse por algo que podía pasar por la actividad habitual de cualquier banda. La prioridad número uno, pues, era mantener a Tomas fuera de la línea de fuego.

—Tengo que salir de aquí o pondré en peligro a todo el mundo. Pero ahora podrían venir a por ti, nos han visto hablando. Pensarán que sabes adónde voy.

Le volví a meter en el almacén, mientras pensaba qué podía hacer. Había sido muy estúpida viniendo aquí y dejando que nos vieran a Tomas y a mí juntos. Aunque lo habíamos desmentido con frecuencia, la mitad de la gente del club daba por sentado que él era mi amante. Si los matones de Tony empezaban a preguntar por él y cualquiera les decía eso mismo, le torturarían hasta matarle para intentar dar conmigo. Debería haberlo tenido presente antes de empezar a involucrarme, aunque fuera platónicamente, con nadie. Yo era como una especie de veneno: si alguien se me acercaba, tendría bastante suerte si lo único que le pasaba era que moría. Tenía que encontrar algún modo de sacarnos a Tomas y a mí misma de allí y, al igual que me ocurría a mí, él debía ir haciéndose a la idea de que no era muy probable que volviéramos. Yo ya le había echado una mano, ahora tendría que buscarse la vida.

Luego estaba también el problema del vampiro que nos había dejado escapar. Les había visto desvanecerse en medio del viento, podían moverse increíblemente rápido. Había tenido tiempo más que de sobra en esos breves segundos para golpearme, rápido como una serpiente, o para dispararme desde una distancia aceptable. Lo cierto es que los vampiros no necesitaban pistolas para nada, pero al Senado le gustaba más que los ataques tuvieran un aspecto lo más normal posible, así que la mayoría de los chicos de Tony las llevaban. Quizá el vampiro tenía la sospecha de que yo iba armada también, pero dudo que le diera miedo mi pistola, aunque no tuviese ni idea de la mala puntería que yo podía llegar a tener. En el mejor de los casos, lo único que habría conseguido sería ralentizar sus planes. No, si estaba viva era porque quienquiera que estuviese ahí fuera tenía la orden de seguir con el juego hasta el

final. El obituario decía las 8.43, y tendrían que ser las 8.43. Pude oír como Tony le decía a la familia que había preparado «una última visión para su profeta, y esta vez no tendría ni que molestarse en hacer el trabajo ella misma». Me preguntaba si planeaban matarme aquí y llevarme luego a Peachtree o si solo trataban de aturullarme y me habían llevado hasta allí como a un corderillo hasta el matadero.

—Vamos a ver. Ponte esto y vete a por tu abrigo. Ponte el pelo hacia arriba.
—le ordené, después de mojarme un poco los labios.

Cogí una de gorra de béisbol que Mike había dejado en una balda del almacén, pero estaba claro que no íbamos a poder meter allí aquella enorme mata de pelo.

—Tenemos que encontrar a alguien que te pueda dejar un abrigo con capucha. Tal y como vas ahora mismo te pueden identificar muy fácilmente.

Igual algún gótico nos podría prestar una capa. Tal vez si conseguía que Tomas tuviese un aspecto lo suficientemente diferente, él podría escaparse mientras los vampiros se concentraban en mí.

—Cassie, escucha. Hay...

Nunca supe qué iba a decirme Tomas en ese momento, porque la puerta por la que habíamos entrado se abrió de un portazo como si ni siquiera tuviese echado el cerrojo, y cinco vampiros enormes aparecieron en la sala. Parecían un puñado de jugadores de fútbol americano recién ingresados en una banda *grunge*, con sus músculos prominentes y su pelo grasiento a la altura de los hombros.

Por un momento pareció que el tiempo se congelaba y todos no miramos los unos a los otros. El tamaño es mucho menos importante cuando eres un no muerto, pero a Tony le gustaban grandes, factor intimidatorio, supongo. Y la verdad: funcionaba. Me sentía intimidada. El hecho de que ni se hubieran molestado en esconder sus caras de verdad bajo alguna máscara más amable tampoco ayudaba. Sabía de sobra qué aspecto tiene un vampiro cuando está de caza, lo había visto suficientes veces, pero seguía sirviendo para gestar pesadillas. Había tenido tiempo suficiente para preguntarme si había vivido lo bastante como para tener que preocuparme por esos malos sueños que acaban difuminándose en un trazo acelerado y confuso. Le pegué un tiro a uno en la zona donde debería tener el corazón, pero no fue suficiente para detenerle. Tampoco pensaba que fuera a hacerlo. No es que importara, pero no esperaba enfrentarme con cinco vampiros asesinos, y desde luego no sabía cómo afrontar algo así. Tony debía estar aún más enfadado de lo que creía.



Me quitaron el arma de un golpe y mi cuerpo salió despedido contra la pared, con la cara por delante. Sin tiempo para respirar, me retorcieron el brazo hacia arriba tanto que me dio miedo de que se rompiera. No vi lo que pasó después porque estaba demasiado ocupada recibiendo un facial de hormigón, pero me pareció escuchar algo que sonaba como si estuvieran tirando todas las estanterías de metal de aquel lugar. Alguien soltó un rugido de ira y a continuación la sala se vio sacudida por una onda de poder que se asemejaba a un fuerte soplo de viento cálido que rompía contra mi cara dejando una estela chispeante. Si hubiera podido respirar, habría gritado tanto por la sensación en general como por la profunda mezquindad de aquel cabrón que no me dejaba ni una mínima escapatoria. Tony no se había conformado con mandar a toda una tropa de vampiros a buscarme; además, al menos uno de ellos tenía que ser, a la fuerza, un maestro. Si no, no se explica que pudiese acumular todo ese poder; ni cinco vampiros corrientes podrían hacerlo sumando sus fuerzas. Y tampoco era un maestro anciano cualquiera.

Pocos vampiros pasaban sus vidas inmortales como algo más que simples esclavos, meros sirvientes de quien les hizo e incapaces de romper tal servidumbre o de rechazar un encargo. No obstante, algunos, normalmente aquellos que en vida habían mostrado más voluntad y determinación, se volvían más poderosos con el paso del tiempo. Cuando llegaban al nivel de maestro, podían hacer nuevos vampiros para que les sirvieran, y normalmente obtenían un cierto grado de autonomía por parte de sus creadores. El séptimo es el nivel más bajo del escalafón de maestros, y la mayoría no pasan de él; pero aquellos que lo consiguen, obtienen nuevas capacidades y mayor libertad. Me he movido con maestros vampiros durante toda mi vida, hasta alguno de tercer nivel, como Tony, y he visto como muchos de ellos perdían los nervios. Pero hasta ese momento no había llegado al punto de sentir cómo su poder podía agujerearme la piel a fuego. Parecía imposible que Tony hubiera convencido a un vampiro superior, de segundo o primer nivel, para

que cometiese un sórdido asesinato de poca monta (acabar conmigo no suponía lo que se dice un reto); pero no se me ocurría otra explicación.

Le pegué un grito a Tomas para que saliera corriendo, aunque sabía que aquello no le iba a hacer ningún bien, y mi vampiro decidió entonces que no debía estar sufriendo lo suficiente si podía hacer aquella clase de ruidos. Bajó su mano desde mi nuca hasta el cuello y empezó a apretar. Me acuerdo que, en ese momento, me dio por pensar que, si tenía suerte, habría muerto asfixiada antes de que se acordara de que tenía que llevarme. No es que eso convirtiera la noche en algo perfecto, pero desde luego era mejor que ver la horrible cara de Tony durante toda la eternidad.

Un segundo más tarde, cuando ya empezaba a ver puntitos centelleantes en mis ojos y a notar como un rugido invadía mis oídos, el vampiro soltó un grito agudo y la presión cesó de repente. Carraspeé y caí de rodillas, intentando respirar hondo para aliviar mi garganta, que estaba ardiendo, mientras él se tambaleaba delante de mí y soltaba alaridos como si lo estuvieran literalmente partiendo en dos. Tardé unos segundos en darme cuenta de qué le pasaba, porque no era algo que sucediera todos los días. Una buena pista era esa sensación caliente, casi líquida, que trazaba un pentáculo deformado en mi espalda, como si alguien me estuviera echando aceite caliente por mi piel. Otro indicio era que el brazo y parte del pecho del vampiro estaban repletos de líneas que refulgían como el oro y se iban esfumando tras un leve chisporroteo, comiéndose a su paso la carne que había entre la piel y el hueso. Mientras yo seguía observándole, un ribete de líquido fundente oscureció la pequeña hendidura de su pecho en la que la bala se había alojado y seguía su camino. Me quedé mirándole paralizada por la impresión. Por la forma de las marcas, era bastante obvio que mi protegido había despertado de su letargo.

Y no dejaba de ser irónico, teniendo en cuenta que debió ser Tony el primero que me lo vio poner bajo la piel por primera vez. Siempre creí que le habían estafado: su forma originaria de pentáculo se había ido estirando a medida que fui creciendo, así que al final acabé teniendo un tatuaje horrible que me tapaba media espalda y parte de mi hombro izquierdo. Con todo, aunque no parecía ya nada bonito, estaba visto que funcionaba muy bien. Sin embargo, el vampiro que me atacó no era un maestro. Aquella fuente de energía procedía de algún sitio detrás de nosotros, y cómo mi protegido había hecho frente a uno de los grandes era aún una pregunta sin respuesta. Estaba muy impresionada por todo lo que había hecho: la última vez que volvió a la vida no había desplegado ni mucho menos ese arsenal. Tan solo había prendido el brazo del posible atracador, chamuscándose lo suficiente como para que yo tuviera tiempo de escapar. ¿Quizá se volviese más fuerte en función de la fuerza de su oponente? Tenía el mal presentimiento de que me iba a enterar pronto.

Tenía una ligera idea de lo que eran las protecciones, porque Tony siempre tenía a un par de hacedores de protecciones en plantilla para tener la fortaleza de protecciones mágicas bien cerca de su casa y de sus negocios. De ellos aprendí que existen tres categorías principales: protecciones de perímetro, protecciones de energía y protecciones de defensa. Las protecciones de perímetro eran lo que Tony usaba a modo de camuflaje cuando estaba detrás de algo ilegal, o sea, siempre. Las protecciones de energía eran algo más complejas: en el mejor de los casos, eran mejores que el Prozac para aliviar el estrés y ayudar a la gente a superar problemas emocionales. En el peor, que era la forma en la que Tony los usaba normalmente, le permitían ejercer su influencia en negociaciones importantes. Cualquiera que estuviese dentro del perímetro de las protecciones empezaba a sentir un gran sopor y, de repente, decidía que no merecía la pena cebarse en disputas encarnizadas cuando, sencillamente, se podía hacer lo que quisiera Tony. Hay dos tipos de protecciones de defensa: escudos personales y guardianes. Eugenie me enseñó cómo eran los del primer tipo cuando era una niña. Sin ellos, yo podía incluso percibir a los fantasmas de los fantasmas, hasta las hileras de energía que me hacían retroceder en el tiempo y quedaban dispuestas como brillantes líneas fugaces sobre un mapa, contándome que cierta vez, quizás hacía cientos de años, un espíritu había pasado por allí. Cuanto mayor me hacía, más me desconcentraban estas impresiones, tal vez porque la vieja mansión de Tony estaba enclavada entre un cementerio indio y un cementerio colonial. Al final, Eugenie se cansó de mis divagaciones mentales y me dio las herramientas necesarias para protegerme contra ellos. Me enseñó a sentir mi campo de energía, lo que algunos conocen como el aura, y después a usar mi poder para construir un cerco a su alrededor para protegerme. Mis escudos acabaron siendo automáticos, lo que dejaba fuera absolutamente todo excepto a los espíritus que estuviesen activos aquí y ahora.

No obstante, los filtros son tan poderosos como la persona que los construye, ya que suelen generarse con el poder de cada uno, y muchos de ellos no son suficientes como para repeler un ataque físico o espiritual de primer orden. Ahí es donde intervienen las protecciones. Creados por un grupo de expertos magos, están pensados para proteger a una persona, un objeto o un emplazamiento contra cualquier tipo de daño. Pueden disponerse para esquivar el peligro, lo que implica normalmente devolverlo a quien lo envía o, en casos como el mío, asegurarse de que cualquiera que me tocara con aviesas intenciones acabase gritando de agonía.

Estos tipos de protecciones son un gran negocio en la comunidad sobrenatural. Una vez Tony pagó una pequeña fortuna a un hacedor de protecciones para que crease un combo especial de protección perimetral que vigilase una caravana de barcos repletos de sustancias altamente ilegales. Se suponía que

los barcos debían parecer viejos recogedores de basura a los ojos de cualquier observador, en otras palabras, algo que a las autoridades no les apeteciera inspeccionar demasiado a conciencia. Pero el hacedor era joven e inconsciente, y las protecciones fallaron justo en el momento en el que los barcos se dirigían a puerto, casi delante de una patrulla de la Guardia Costera. Tony perdió su cargamento y el hacedor de protecciones perdió su vida. Yo era muy joven cuando crearon a mi protegido como para acordarme de la experiencia, pero quienquiera que lo creó sabía bien lo que se hacía. Tony debía haber pagado una buena suma por él, aunque probablemente este era uno de esos momentos en los que deseaba que el presupuesto hubiese sido algo más modesto.

Me empezaron a llorar los ojos por el hedor de la carne de vampiro chamuscada, que no es algo que se huela precisamente todos los días. Me quedé quieta durante unos instantes antes de darme cuenta de que podía moverme de nuevo. Miré alrededor desesperadamente en busca de mi arma, pero enseguida me di por vencida y caminé a gatas alrededor del borde de una estantería. No había ni rastro de mi nueve milímetros y ni de coña iba a acercarme hasta la puerta sin ella. Además, las pocas cajas de aquella unidad de almacenamiento, mi triste excusa para esconderme, no engañarían a nadie durante mucho tiempo. Sin armas, sin sitio para esconderse y tan solo un protegido deforme para defenderme. Decidí entonces apostar por la opción del valor bien entendido, esto es, correr y esconderse, y empecé retrocediendo hacia el pasillo.

Si podía evitar al maestro vampiro durante un minuto, quizá pudiera llegar a la pequeña puerta que llevaba a la parte no terminada del sótano. No tenía puerta que la conectara con el resto del club, pero sí colindaba con la pared que estaba detrás del extremo más lejano del bar. Si yo no estaba a la vista, había una diminuta posibilidad de que los sentidos del vampiro se volvieran confusos y supusiera que yo había entrado en el bar de nuevo. Con eso ganaría unos pocos segundos para salir a hurtadillas de la parte trasera, siempre y cuando no fuese listo y dejase a uno de sus secuaces de vigilante. Por supuesto, incluso en ese caso, mi protegido podría acabar también con otro vampiro de perfil bajo. Claro que también podría no conseguirlo.

Llegué a la puerta de tamaño reducido que había al final de la última hilera de baldas, pero antes siquiera de que la hubiera abierto escuché un golpe y un gruñido inhumano detrás de mí. Miré por encima de mi hombro, tratando de ver a uno o más vampiros asesinos avanzando hacia mí. El pánico hizo que mi cerebro tardase unos pocos segundos en darse cuenta de que la persona que flotaba por el pasillo era Portia, y que el sonido de la pelea procedía de varios pasillos más lejos.

—¡Te dije que iba a traer refuerzos, Cassie! —gritó con la cara brillándole de emoción y las pequeñas hileras de rizos balanceándose a ambos lados de su

cabeza mientras gesticulaba teatralmente para que mirase lo que iba a aparecer a sus espaldas. En el almacén irrumpió entonces lo que parecía la brigada de toda una confederación, aunque la verdad es que no se me ocurría ningún lugar cercano en el que pudiera haber reunido a tanta gente. Había visto ese truco antes (la metafísica le dice a veces a la física de toda la vida que se vaya a dar una vuelta), pero, aun así, seguía siendo impresionante.

Un elegante oficial con un gran mostacho me dedicó una reverencia.

—Capitán Beauregard Lewis, a su servicio, señorita.

Se parecía un poco al general Custer, observación que probablemente no le habría sentado demasiado bien si yo hubiera sido tan estúpida como para hacérsela. Antes de que pudiera responderle nada, un vampiro se abrió paso entre las estanterías y atravesó el cuerpo etéreo del capitán para agarrarme por el cuello.

Beauregard desenfundó su espada y por un segundo me pregunté qué se pensaba que iba a hacer con ella antes de que soltase un certero golpe que le arrancó al vampiro el brazo a la altura del codo. Él gritó y yo también, en mi caso porque me habían rociado con una capa de sangre caliente y porque el brazo amputado seguía aún firme alrededor de mi cuello, con los dedos clavándose en mi tráquea. Los cuerpos de los vampiros no mueren a no ser que se destruyan la cabeza y el corazón, así que el brazo estaba intentando cumplir la última orden que se le había dado y me estaba asfixiando. Beauregard intentó quitármelo de encima, pero su mano no hacía más que atravesarme.

—Le ruego acepte mis disculpas, señorita, pero malgasté la mayor parte de mi energía en ese golpe —se lamentaba, mientras yo notaba como mi visión amenazaba con oscurecerse por segunda vez en lo que iba de noche—. Con el paso del tiempo, nos hemos venido a menos, por desgracia.

El capitán me miraba como esperando que yo dijera algo, pero es un poco difícil mostrar comprensión alguna cuando no puedes siquiera respirar y notas llamas bajo tus párpados.

El vampiro intentó realizar una nueva embestida contra mí, pero Portia logró repelerlo con su sombrilla.

—¡A por él! —bramó Portia.

El batallón, que había estado observando la escena hasta entonces, se movió como una masiva riada gris. Era uno de esos momentos en los que se te entrecruzan los ojos mientras el cerebro les dice que no pueden estar viendo lo que dicen estar viendo. Varios miles de soldados convergieron en el mismo punto y cayeron en él como si fuera agua bajando por un desagüe. Solo que el desagüe en cuestión no estaba diseñado para ese tipo de cosas y apostaría cualquier cosa a que no le gustó en absoluto. El vampiro empezó a rebotar contra las estanterías, con el único brazo que le quedaba aleteando como si

pudiera ahuyentar así la invasión, al mismo tiempo que su piel empezaba a plagarse de motas de color morado.

Cuando por fin pude soltar sus dedos de mi cuello y tirar su brazo al suelo, él ya había dejado de moverse, congelado como una estatua de hielo al final del pasillo. Traté de no quitarle el ojo de encima, pero me distraía el brazo amputado, que no dejaba de deslizarse por el suelo tratando de atraparme. No estaba muy claro qué pasaba allí, pero intuía que cada fantasma había congelado una minúscula parte del vampiro, convirtiéndole en un polo helado gigante y grotesco. Empezaba a preguntarme qué ocurriría cuando todos esos espíritus intentaran escapar de su por entonces ya rígida piel en el momento de la explosión. Agarré una botella de vino y empecé a dar golpes al brazo, así que me perdí el gran acontecimiento. Tan solo sé que acabé cubierta de trocitos congelados de carne de vampiro que cayeron sobre mí en forma de lascas diminutas.

Portia se elevó para evitar tocar aquel suelo tan repulsivo. Rápidamente, hizo girar su sombrilla de encaje y me miró con una sonrisa.

—Debemos irnos, Cassie. Esto les ha costado mucho a los chicos y ahora necesitan descansar. ¡Pero queremos que sepas que nos lo hemos pasado genial!

Portia cogió a Beauregard por el brazo e hizo una reverencia al mismo tiempo que él hacía otra y después se perdieron entre la multitud que se alejaba de los restos del vampiro.

Me senté en medio de una mancha viscosa, demasiado atontada como para seguir con la acción, y me froté el cuello. La cara me escocía en aquellas partes en las que la tormenta de pedacitos de vampiro me había golpeado, pero lo que más me dolía era la garganta. Parecía como si no pudiera tragar y me tenía preocupada. Me habría quedado sentada allí un ratito, viendo cómo los trocitos de vampiro se fundían y caían de la estantería, pero en ese momento apareció Tomas al final del pasillo.

—¡Date prisa! —Me cogió por la muñeca y me metió en la sala principal. Aullé de dolor, porque me había sujetado por la misma muñeca que casi me arranca el vampiro y por la sorpresa de verle vivo. La verdad es que no tenía muchas esperanzas de que ninguno de los dos hubiera salido con vida, pero en ese momento me dio por pensar en quién habría estado luchando con los vampiros si el grupo de Portia había estado conmigo. Por su mano corrían gotas de sangre y por un segundo pensé que era suya, pero no veía herida por ninguna parte. Mi alarido debió asustarle, porque me soltó abruptamente y caí al suelo derrumbada, tratando de coger aliento por la sensación de asfixia que el esfuerzo del grito había traído de nuevo a mi maltrecha garganta. Fue entonces, mientras me frotaba el pecho con la muñeca intentando aliviarme, cuando me di cuenta de que allí estaban los cuerpos.

Aparte del primero que me atacó, que ahora tenía un brazo menos y gorgoteaba al tiempo que el protegido seguía comiendo a través de su pecho, el único que aún se movía estaba atrapado bajo una estantería que tenía toda la pinta de haber sido arrojada por alguien. La estantería contenía un montón de láminas metálicas procedentes del proyecto de almacén urbano que Mike había hecho en el club y que habían sido rescatadas de una fábrica abandonada. No es que fueran la obra de arte de ningún diseñador, pero la verdad es que las características de las piezas, gruesas y cortantes, hicieron que Mike tuviera que tener más que cuidado a la hora de instalarlas. Aparentemente las placas habían cogido algo de impulso al empezar a balancearse la estantería, lo que las convirtió en armas letales que habían convertido al vampiro en rebanadas como si de una barra de pan se tratase. El vampiro se debía haber alimentado hace poco, porque de los cortes múltiples que tenía había manado suficiente sangre como para extenderse por todo el suelo, que quedó como cubierto por un manto carmesí.

Sin embargo, ninguna lámina le había arrancado la cabeza ni penetrado en el corazón, así que, a pesar de sus horripilantes heridas, seguía con vida. Volvió su vista hacia mí y vi como hacía esfuerzos para levantar la pistola que tenía sujeta en una mano. Tomas también se dio cuenta y, sin dudar, se dirigió hacia él y levantó la lámina metálica que se había incrustado en el abdomen del vampiro. A continuación comenzó a propinarle con ella una serie de golpes rápidos, ahogados por el sonido de la carne cortada, mientras yo le miraba incrédula con la boca abierta. En tan solo unos segundos, lo que había en el suelo se parecía más a un montón de hamburguesas que a una persona.

Los ojos del vampiro siguieron clavando su mirada en mí con odio, consciente de lo que estaba pasando aunque hubiese quedado reducido a trocitos, y yo era incapaz de gritar, era incapaz de hacer nada. Había estado en situaciones tensas antes, pero los nervios se olvidan de qué significa estar en tensión constante cuando te has acostumbrado a no tener que vivir con ello. Observé cómo Tomas separaba la cabeza del vampiro de su cuerpo con una embestida final que me hizo recuperar una respiración que ni yo misma sabía que estaba conteniendo. Estábamos vivos. Ni podía creerlo ni entendía cómo.

Criarme en casa de Tony me había hecho tener un grado de tolerancia hacia la violencia bastante alto, así que tan solo estaba como recomponiendo cosas hasta que me enteré de que los cuerpos del cuarto y quinto vampiros habían sido abiertos de par en par, con cortes desiguales en el sitio en el que debería estar su corazón. Clavar estacas es el modo más tradicional y todavía el más famoso de acabar con un vampiro, pero supongo que arrancar el corazón a mano también funciona, aunque la verdad es que nunca lo había visto hacer así. En ese momento, pensaba que podía vivir sin tener que volverlo a ver cuando volví la vista hacia Tomas y, de repente, la habitación se vino abajo.

Normalmente, recibo una especie de advertencia cuando estoy a punto de tener una visión. No es que pueda detener lo que va a pasar, pero los treinta segundos o así de desorientación que precede al suceso me da tiempo a quitarme de en medio y prepararme mentalmente. Esta vez no sentí nada. Fue como si el suelo simplemente se abriese y yo caí por un túnel largo y oscuro. Cuando aterricé, Tomas estaba de pie a unos diez metros de mí en un terreno llano cubierto de hierba que parecía no acabarse nunca bajo un cielo azul claro. Su piel tenía un aspecto bronceado que había sustituido a su habitual color pálido e iba vestido con una sucia túnica de lana sin mangas, pero sin duda era él. Sus ojos denotaban fiereza, brillantes como dos joyas oscuras engastadas en su cara, y tenía una expresión triunfante en el rostro. Alrededor de él había un grupo de hombres vestidos de forma similar, todos ellos con pinta de que su equipo favorito acabase de ganar la Super Bowl.

Cerca de allí, las olas rompían contra unas orillas rocosas. Su color verde oscuro casi negro desprendía una brisa fresca de notas gélidas hacia la tierra. Habría sido una escena adusta pero hermosa de no ser por el par de docenas de cuerpos que había alrededor. Muchos de ellos tenían un aspecto europeo, y el que más cerca estaba de mí tenía un vestuario que bien podía haber salido de una película de piratas de bajo presupuesto: camisa blanca de algodón de manga larga, pantalones marrones de lino a la altura de las rodillas y calcetines blancos con suela. El tipo había perdido sus zapatos y su pelo resultaba tan alborotado como su expresión.

Mientras yo miraba con una mezcla de horror y fascinación, Tomas empujaba un rudimentario cuchillo de bronce dentro del pecho de aquel hombre, para después seguir cortando hasta abrir una profunda herida que iba desde el cuello hasta el ombligo. La mezcla del calor de la herida y el frescor del aire creó una especie de nube, pero no era lo suficientemente densa como para que no pudiera ver cómo seguía cortando las costillas como si estuviera astillando ramas. Su mano estaba empapada en brillantes surcos de sangre cuando decidió sacar el corazón, aún latiente, y lo sujetó en alto. Después, lentamente, como si estuviera saboreando el momento, empezó a bajarlo hasta su boca. Sus dientes se hundieron en la carne temblorosa que aún intentaba latir, y después rasgó con ellos una vena que, en pleno bombeo, soltó un chorro de sangre que recorrió el rostro de Tomas hasta llegar a su barbilla. La cascada se estancó en el agujero de su garganta, después dejó un rastro de dedos rojos por su pecho, dejando unos dibujos abstractos bajo su túnica que hacían que pareciese que llevaba pinturas de guerra. Su garganta experimentó unas leves convulsiones y él acabó tragándose el bolo, provocando una explosión de júbilo de los guerreros que le observaban.

Debí hacer algún tipo de ruido, porque volvió la vista hacia mí y, con sus dientes manchados de sangre brillante en lo que bien parecía una sonrisa

caricaturizada, extendió su mano aún atiborrada de esa macabra masa de carne humana, como indicando que quería compartirla. Dio un paso al frente y me di cuenta que estaba amarrada, que no era capaz de detenerle ni de escapar, todo ello mientras su mano chorreante repleta de aquella horrible ofrenda, no dejaba de acercarse. Finalmente, se quebró mi parálisis y pude gritar.

Aquello hizo que la garganta me volviera a doler, pero no pude contenerlo más. En ese momento la visión se esfumó y yo me encontré de nuevo en medio del sangriento almacén, mirando ásperamente al nuevo Tomas, que, durante un breve segundo, se superpuso al antiguo. Sacó la lengua para relamer una minúscula gota roja alojada en la comisura de sus labios, tan pequeña que nadie hubiera reparado en ella si él no hubiera desviado así la atención. Recuerdo haber pensado que las viejas costumbres nunca mueren, justo antes de empezar a chillar con todas mis fuerzas.

Él se acercó unos pasos hacia mí, con las palmas de sus manos boca arriba, como intentando mostrarme que no podía hacerme daño, y vi que estaban casi limpias de nuevo. A medida que se acercaba, la última mancha que le quedaba en una de sus palmas se disolvió, desvaneciéndose en su piel como una gota de agua en la arena del desierto. Me di cuenta de que estaba tratando de escabullirme moviéndome hacia atrás como los cangrejos, mientras no paraba de gritar y blasfemar, pero tampoco me importaba. Me resbalé con la sangre y me caí, tras lo cual empecé a gritar más fuerte aún porque vi que mis piernas estaban todas cubiertas de rojo, como si hubieran florecido rosas en mis medias y botas. Tomas se acercó hacia mí despacio, hablando con tranquilidad, como si yo fuese una yegua juguetona a la que estuviese intentando domar.

—Cassie, escúchame, por favor. Hemos conseguido algo de tiempo, pero tenemos que irnos. Van a venir más —dijo, sin dejar de acercarse.

Resbalé de nuevo y esta vez me caí de culo. Al aterrizar, noté un golpe contra un objeto contundente. Todavía estaba lo suficientemente lúcida como para reconocer la forma de aquel objeto. Era mi pistola, así que rápidamente la agarré y apunté en su dirección.

—Si te acercas un paso más, te mato —lo amenacé.

A pesar de que la mano me temblaba enormemente y que mi manera de sujetar la pistola era de todo menos firme, él veía que no le mentía. Sus ojos, normalmente suaves, cálidos y abiertos, eran ahora opacos espejos negros. No podía ver nada a través de ellos, y tampoco quería. Por Dios, no quería.

—Cassie, tienes que escucharme —insistió.

Observé aquella preciosa cara, y una parte de mí se volatilizó al ver cómo otra ilusión se hacía pedazos y moría. Creía que por fin había hecho algo bueno, que le había sido de ayuda realmente a alguien, que lo había salvado y, en lugar de eso, era como siempre: todas las putas cosas que hacía acababan desembocando en dolor, ya fuera mío o de otros. Tendría que haber sabido que

era demasiado bueno para ser cierto, que era demasiado bueno. *Está fuera de tu alcance, Cassie, mi niña*, pensé mientras mi espalda golpeaba la puerta. *Quizá tenías que haber empezado por algo más pequeño, la próxima vez intenta adoptar un gatito*, me dije, sabiendo, eso sí, que las posibilidades de que hubiera una próxima vez eran bastante remotas.

Podía oír el ruido sordo de la música procedente del club al otro lado de la puerta, una especie de estribillo mezclado con música tecno. Me sonó a música celestial. Quería perderme entre la multitud, buscar la salida y correr como una posesa. Era la mejor escondiéndome, y en el barrio turístico me resultaría fácil fundirme entre la feliz multitud del viernes noche y convertirme en uno más de sus miembros. Tenía una cuenta bancaria aparte con uno de mis tantos nombres falsos, y también un montón de ropa nada llamativa para casos de emergencia que estaba guardada en una taquilla de la estación de autobuses. Además, tenía memorizados todos los callejones en un radio de quince manzanas. En definitiva, podría escaparme sin problemas... si lograba deshacerme de Tomas.

Me dirigí lentamente hacia la puerta, tratando de calmarme por el camino y maldiciendo la hora en la que decidí llevar tacones altos. Se me había subido la falda, pero ni me molesté en estirarla; ofrecerle a Tomas unas buenas vistas era la menor de mis preocupaciones en ese momento. Noté la textura de una mancha de sangre mientras buscaba a tientas el pomo de la puerta, pero conseguí dar con él. Atravesé el quicio con las piernas temblorosas, pegué un portazo al salir y empecé a dar vueltas por el bar. No podía respirar hondo y mi cuerpo temblaba como queriendo caer enfermo; pero logré aguantar. No había tiempo para eso.

Había comenzado el espectáculo de luces, y la masa de bailarines que no paraban de saltar y dar vueltas aparecía y desaparecía al ritmo de los fogonazos estroboscópicos con los que se iluminaba la sala. Los latidos de la música y el ruido de la gente me dejaron sorda enseguida, pero no me hacía falta escuchar a Tomas para saber que estaba ahí detrás de mí. Los focos resaltaban mis manchas de sangre con series alternativas de ráfagas negras y plateadas. Por fortuna, la luz estaba lo bastante baja como para permitirme mezclarme entre la multitud sin provocar una estampida. Así y todo, tenía dudas de que mi aspecto fuera normal. Me fui colando por los huecos que veía, intentando pensar mientras proseguía con mi huida, pero no parecía que mi cerebro estuviese muy disponible en ese momento, así que lo único que mi instinto acertaba a decir era «¡Más rápido!». Intenté acelerar la marcha, porque lo único que cabía esperar yendo así era que Tomas me atrapara; hasta yo sabía que no estaba yendo lo suficientemente rápido.

Cuando me encontraba en el medio de la pista de baile, noté como Tomas me agarraba. Me hizo dar la vuelta para que le mirase a la cara. Noté como una

mano se deslizaba por la parte de atrás de mi camiseta chamuscada, como queriendo que nuestros cuerpos se juntaran más. Probablemente, a los ojos de todos los demás éramos simplemente una pareja bailando, yo era la única que sabía que no me podía escabullir. Él me sujetaba con fuerza la mano en la que yo tenía la pistola, apuntándola hacia abajo y hacia mí, lo más lejos posible de él. Aquello tampoco era necesario porque yo no habría intentado disparar en un sitio como ese. La palma de la mano me sudaba tanto que hasta tenía problemas para sujetar la pistola, y había demasiada gente como para arriesgarme a que una bala perdida le acabase dando a alguien. Además, o mucho me equivocaba, o una bala solo serviría para enfurecer aún más a Tomas.

Sus dedos treparon por mi espalda desnuda hasta llegar al trazo de mi pentáculo. Repasó el trazo de sus bordes con una parsimonia casi reverencial.

—Había oído historias sobre esto, pero nunca me las había llegado a creer —murmuró con una voz que sonaba sobrecogida.

De algún modo, él conseguía hacerse oír a pesar del ruido ensordecedor de la música, pero a mí no me apetecía mucho conversar. Traté en vano de zafarme de él, no sin antes maldecir la pasividad de mi protegido ante tal situación. Debía haberse quedado agotado por la pelea de antes o, a lo mejor, no funcionaba contra los que estaban a su nivel, pero, fuera lo que fuera, lo cierto es que no reaccionaba ante el tacto de los dedos de Tomas.

—Cassie, mírame.

Me resistí, porque sabía desde que era niña que mirar a un vampiro directamente a los ojos hacía que le resultase más fácil controlarte. Después de la escena en el almacén, no tenía ninguna duda de que él lo era, así que deseaba con todas mis fuerzas que saliera de mi cabeza. Dado que mi radar vampiro no le había detectado y que había pasado por humano para mí durante meses, solo podía ser que tuviese enfrente a un maestro de tercer nivel por lo menos, e incluso era posible que fuese superior. Aquello resultaba más probable aún si se tenía en cuenta que, alguna que otra vez, le había visto caminar a plena luz del día, algo que ni Tony podía permitirse sin arriesgarse a sufrir bastante más que una quemadura solar. No es que el nivel vampírico de Tomas fuese importante: cualquier maestro que lo desease podía hacer, con solo mirarme, que acabase cacareando como una gallina.

En cierta ocasión, pude disfrutar de una cierta protección contra esa clase de cosas, pero con mi antiguo tutor deseando con todas sus fuerzas verme muerta, ahora me había convertido más bien en un blanco más que fácil: si alguien quería hacerme daño, sabía que no solo no me iban a proteger; sino que, además, seguramente nadie me vengaría. Hasta donde yo sabía, lo único que recibiría Tomas por capturarme sería una recompensa. Es más, a Tony no le importaba soltar dinero para saciar su sed de venganza y, teniendo en cuenta lo mucho que yo le había costado, seguramente pagaría a quien fuese con una

sonrisa en la boca. ¿Quizá Tomas se había cargado a los otros vampiros porque los veía como rivales por la recompensa? Y en cualquier caso, ¿cuantísimo dinero estaría ofreciendo Tony por mi captura? ¿Y por qué Tomas había esperado tanto para hacer caja?

Traté de resistirme, pero todo el mundo pasaba de nosotros, supongo que porque daban por supuesto que lo único que yo hacía era bailar y bastante mal. Tomas me agarró con más fuerza. Teniendo en cuenta lo poco que le había tocado, se me hacía muy extraño que me sujetara de un modo tan íntimo. Resultaba difícil tener presente que quien así obraba era Tomas. Mi cerebro le había colocado en la categoría de amigo y se resistía a sacarle de allí para meterle en la categoría de vampiro psicópata-asesino. La manera en la que me sujetaba no me ayudaba a aclararme: su mano parecía mucho más que amistosa, subiendo y bajando continuamente por mi espalda casi desnuda. Tales caricias hacían que mi forma de bailar derivase hacia unos movimientos mucho más lentos y sensuales que lo que la música, en principio, exigía.

Al contrario de lo que dice la leyenda, su cuerpo se venció hacia el mío y lo sentí caliente y suave como raso firme, aunque bien pudiera ser que lo tuviera esculpido en acero por todas las ganas que tenía de acabar con su control. Mi pulso se aceleró y pensé que me iba a desmayar cuando inclinó la cabeza y sentí cómo sus labios planeaban sobre mi cuello. Creo que incluso mi corazón llegó a pararse cuando besó delicadamente mi piel como queriendo adivinar el pulso bajo la superficie. Era como si mi sangre pudiera sentirle, como si se volviese más lenta y espesa en mis venas, esperando a que él la liberara. Empecé a sudar, y no porque hiciera calor o porque hubiera tantos cuerpos hacinados en tan poco espacio. ¿Me iba a matar allí mismo, delante de unos doscientos testigos? Un escalofrío me recorrió de arriba abajo cuando me di cuenta de que podría hacerlo sin que nadie le dijese nada. No cabía la menor duda: Tomas podría sacar mi cuerpo de allí y nadie pensaría nada extraño al respecto; lo único que pensarían era que Tomas estaba cuidando de su compañera de piso, que seguramente se habría desmayado por el calor. Qué caballero.

Debería haber sabido que algo así iba a ocurrir. Cada vez que me fiaba de alguien, me traicionaba; cada vez que me enamoraba de alguien, moría. Dado que él ya estaba muerto, supongo que la regla seguía cumpliéndose.

—Por favor, no te resistas —espetó.

Notar su respiración sobre mi piel húmeda me hizo sentir escalofríos. Su sugerencia se coló en mi interior como una droga por las venas, envolviéndome en un halo rosado de relax que me hizo vencer parte del miedo e ignorar casi todo el dolor; pero que, al mismo tiempo, hacía que me resultase más difícil pensar. La sensación no era tan fuerte como si hubiera establecido contacto visual con él, pero aun así, me hacía sentir como si lo que me envolviese fuera agua pesada en lugar de aire. Cada movimiento, por mínus-

culo que fuera, parecía toda una batalla. Tampoco es que aquello pareciera importarle: mis esfuerzos no hacían sino enviar sordas señales de dolor a través de mi muñeca dolorida, lo que no dejaba de excitarle. Su cara no revelaba absolutamente nada, pero su cuerpo no se encontraba tan bajo control. Es más, podía sentir cómo su piel se golpeaba firme contra esos pantalones tan ajustados que llevaba.

—No quiero hacerte daño —murmuró, tras rozar sus cálidos labios contra los míos.

Si hubiera servido de algo, le habría recordado que tanto si me asesinaba él mismo como si me llevaba ante Tony, el resultado final sería el mismo. Pero no me dio tiempo a decir nada antes de que sus labios se volvieran a fundir con los míos. Entonces, de repente, perdió el control y cubrió mi boca con un beso violento que enterró toda la gentileza anterior.

Sus brazos se estrecharon, oprimiéndome contra su cuerpo milímetro a milímetro, besándome casi con desesperación, como un hambriento que se estuviera muriendo de inanición y encontrase, al fin, el banquete esperado. Su mano firme bajó aún más por mi espalda hasta llegar al límite de mi minifalda de cuero y la levantó. De repente, me elevó por completo del suelo y me colocó contra su cadera, así que tuve que rodearle con mis piernas para no caerme. La saturación de sensaciones fue tal que tardé un minuto en darme cuenta de que habíamos vuelto al almacén. Según parecía, Tomas prefería cometer sus asesinatos en privado.

Aún seguía besándome cuando descargó una primera radiación de energía que estremeció todo mi ser. O algo le había desconcentrado o ni se molestaba ya en mantener su escudo. ¿Y para qué iba a hacerlo? Probablemente, yo era la única persona con sensibilidad del lugar, y a esas alturas ya sabía que era un vampiro. A los ojos de los demás Tomas parecería el mismo de siempre, pero yo notaba como si hubiera mojado su piel en oro fundido, lo que hacía que pareciese que brillaba como un sol en miniatura en medio de aquella sala oscura. La cantidad de energía que había descargado Tomas había conseguido erizarme el vello de los brazos y de la parte trasera de mi cuello. El aire parecía más pesado, me recordaba al bochorno que hay justo antes de que estalle la tormenta. De repente, todo parecía más claro, brillante y definido. Toda aquella fuerza encontró de pronto un lugar sobre el que volcarse y acabó golpeándome como una ola alta en medio del océano, empapándome una y otra vez y haciendo que me resultase más difícil recordar la razón por la que me resistía e incluso cualquier cosa.

Tomas interrumpió el beso y yo emití un pequeño e involuntario sonido de protesta antes de que deslizase su boca hacia mi cuello de nuevo. Sin embargo, esta vez no me importó; esta vez, parecía un gesto curiosamente tierno, aunque una pequeña parte de mi cerebro se dio cuenta de que su pelo

caía por mi falda arrugada, escondiéndola de las luces más brillantes que procedían del bar. Lucille, que se encontraba atendiendo a unos clientes a unos metros de allí, me mostró su aprobación exhibiendo los pulgares hacia arriba con un gesto de sorpresa en la cara mientras nos veía deslizarnos por debajo de la barra. Tampoco intenté pedir ayuda. Todo era cuestión de lógica: ¿qué podía hacer Lucille contra un vampiro joven y mucho menos contra un maestro? Con todo y con eso, lo cierto era que, en el fondo, me daba igual. Sin embargo, en ese momento, Tomas debió pensar que yo estaba a punto de volverme loca o, tal vez, no quería arriesgarse a ello. Me besó de nuevo y fueran cuales fueran sus razones, no cabía duda de que sabía lo que se hacía. El tacto sedoso de sus labios sobre los míos solo sirvió para embrollar aún más mis pensamientos, así que, cuando nos separamos, yo estaba demasiado obnubilada como para recordar que no tenía que mirarle a los ojos. Como si me hubiesen activado un interruptor, mi cabeza se quedó congelada de pronto; y, con ella, todos mis pensamientos, excepto el de que el Tomas que yo había conocido no volvería nunca. La luz se hizo más tenue y la música más débil, y me di cuenta cómo poco a poco lo único que quedaba en mi retina era su cara y lo único que podía escuchar ya era el latido del pulso en mis orejas.

¿Por qué nunca había reparado en la manera tan atractiva en la que Tomas elevaba sus párpados? Sus pestañas parecían flecos de seda negra que enmarcaban las minúsculas llamaradas que la iluminación del bar hacía danzar en sus pupilas. Algo dentro de mí reaccionó ante el calor que percibí en aquella mirada, porque mis manos parecieron recuperar su voluntad y empezaron a dibujar un rastro por su vientre plano, aprovechándose de que su camisa era una barrera bastante insustancial. Lo único que parecía importarme era el tacto de aquellos músculos firmes ocultos bajo la piel sedosa; lo único que deseaba era llegar a su cuello y enterrar las manos en aquella mata brillante de pelo de media noche, para comprobar si era tan suave, densa y pesada como parecía. En esas estaba cuando mi atención se dispersó al divisar un pezón oscuro a través de uno de los múltiples agujeros de su camisa. La verdad es que aquella era una de esas cosas que me solían distraer tantas veces que he perdido la cuenta. Comprobé que sabía tan bien como parecía, tanto como hubiera podido imaginar, y que se estrechaba perfectamente entre los esfuerzos de mis labios y mis dientes como si hubiera estado deseando que lo tocara durante mucho tiempo. Ahora que lo pienso, casi no me di ni cuenta de cuándo Tomas me volvió a meter en el almacén para después cerrar la puerta con el pie.

A continuación, respiró honda y ruidosamente y poco a poco se separó de mí. Un momento después, comenzó a hablarme con una voz ronca que no se parecía para nada a su tono habitual.

—Dame la pistola, Cassie. Alguien podría resultar herido si se te dispara por accidente —sentenció con una voz áspera y curiosamente desafinada que sirvió para que mi cabeza se despejara un poco.

Ver al primer vampiro que me atacó también ayudó a que recuperara algo la conciencia. Allí yacía, despedazado en tres trozos y medio devorado por la acción de mi protegido. En medio del desastre que había arrasado su cuerpo, pude ver astillas ennegrecidas en el suelo, como si un pentáculo torcido se hubiera impreso a fuego en el piso de madera. Me quedé mirando el panorama, con una ligera confusión. De repente, pillé el chiste: *alguien podría resultar herido*. Ahora sí que tenía gracia.

Me sujeté a Tomas para evitar caerme, con mi pistola balanceándose inútilmente contra su espalda. Me la quitó de mi mano, ya débil, y la tiró hacia algún sitio. En realidad no vi dónde la dejaba, solo desapareció. Tomas me miraba con preocupación; y, de repente, eso también pareció gracioso. Se me saltó una risita tonta. Esperaba que Tony le hubiese pagado bien, porque aquello era un desmadre.

—Cassie, puedo llevarte si quieres, pero tenemos que irnos —dijo mientras echaba un vistazo al reloj de pared. Marcaba las 8.37.

—Espera, todavía tenemos tiempo de llegar a nuestra cita —dije todavía entre risas, y con una voz que no sonaba como si fuera mía.

Me di cuenta de que estaba a punto de volverme histérica y entonces Tomas se movió. Lo siguiente que recuerdo es que estaba de nuevo en sus brazos y que los dos estábamos fuera, corriendo por un camino oscuro tan rápido que las luces de las farolas se difuminaron en una línea continua y plateada.

—Ahora duerme —me ordenó Tomas mientras todo seguía yendo muy rápido. Me di cuenta de que estaba terriblemente cansada y por ello dormir parecía muy buena idea. Me sentía a gusto y calentita, aunque mi cabeza seguía dando tantas vueltas que parecía como si el cielo de la noche fuera a caer sobre nuestras cabezas o como si estuviésemos volando hacia las estrellas. Recuerdo haber pensado, ya adormilada, y justo antes de dormirme del todo, que ya que había que morir, hacerlo de aquella manera tampoco estaba tan mal.

«Un libro que te agarrará por la pechera y te obligará a sumergirte en una historia con una heroína dura e inteligente y unos vampiros atractivos y terroríficos»

—Patricia Briggs

Cassandra Palmer puede ver el futuro y comunicarse con los espíritus. Los fantasmas de los muertos no son peligrosos normalmente; solo les gusta hablar... Y mucho.

Como cualquier chica sensata, Cassie trata de evitar a los vampiros. Pero cuando el mafioso chupasangre del que escapó hace tres años encuentra a Cassie de nuevo, a ella no le queda más remedio que dirigirse al Senado de los vampiros en busca de protección.

Cassie se encontrará trabajando con uno de los integrantes más poderosos y atractivos del Senado, un maestro vampiro peligrosamente seductor; y el tributo que él desea puede ser más grande que lo que ella está dispuesta a pagar...

Karen Chance ha vivido en Francia, Reino Unido y Hong Kong, pero siempre acaba volviendo a Estados Unidos. Actualmente vive en Orlando (Florida), hogar de la fantasía, lo cual puede explicar muchas cosas.

«Karen Chance te cautivará en su mundo de vampiros, magos y una hermosa doncella lo bastante dura como para darles un buen repaso a todos ellos» —Rebecca York

ISBN 978-84-9800-386-4



9 788498 003864